U

n reciente artículo de Marcos Taylor, titulado [*Row brewing as BrewDog backtracks on wage pledge*](https://www.accountingweb.co.uk/business/finance-strategy/row-brewing-as-brewdog-backtracks-on-wage-pledge), nos ilustra de las complejidades suscitadas porque una empresa, que experimentó pérdidas operacionales, resolvió no aumentar el salario de sus trabajadores hasta el punto de considerarlo digno, como antes lo había prometido. El salario legal es será de £11.44 mientras el salario digno se estima en £11.95 por hora. Cuanto quisiéramos que en Colombia esa diferencia fuese solo de un 5%. Apartándonos de las cuestiones jurídicas (se podía o no dejar de cumplir la promesa de aumento) la cuestión es si podemos divorciar el salario de los empleados de los resultados empresariales. En nuestro país los empresarios siempre se oponen a los aumentos porque los consideran contra la rentabilidad (dicen que, de las empresas, pero a lo mejor es de los controlantes o dueños). Por la otra parte, los trabajadores, generalmente los sindicatos, exigen crecimientos mucho más altos, como el 18% que plantearon para el 2024 aunque el aumento fue del 12%, diferencia que se ha presentando durante varios años, arrojando un acumulado deficitario mucho más alto. Parece que no se puede privilegiar ninguna de las posiciones y que es necesario tomar muchas otras medidas relacionadas. La cuestión nos lleva a otra más complicada y aún no resuelta: ¿cuál es la rentabilidad justa del capital? No hemos podido resolver el asunto porque no sabemos qué sería lo justo para cada parte. Hablamos de empresas intensivas en mano de obra, frente a otras donde lo fundamental es el capital. Será entonces que ¿la respuesta no puede ser única? Al dar una mirada histórica se advierte que muchas riquezas se han originado en mano de obra, pero otras nacieron de las invasiones, las conquistas y el abuso de la posición dominante. Además, existe la inmensa sospecha si reemplazamos el esclavismo por la prisión del capitalismo. Nosotros nos confesamos ignorantes, pero creemos que la discusión amplia y transparente entre todos los interesados podría provocar mejores decisiones en cada empresa. Por ejemplo, nos parece claro que las vicisitudes, como lo fue la pandemia, deberían haber afectado a todos y no solo a algunos. Varios empresarios se quebraron, provocando la terminación de apreciables cantidades de arrendamientos. Creemos que los que conversaron y ajustaron los cánones fueron más inteligentes y pasaron mejor por la tormenta. La gran carga de la formalidad no es percibida por el pueblo como el costo de ciertos beneficios. Ellos piensan, por ejemplo, que es mejor pagar la atención de la salud solamente cuando sea indispensable. Vistas así las cosas prefieren el manejo del efectivo y son expertos en el rebusque. Mientras no sea pacífica la coexistencia entre el capital y el recurso humano habrá guerra en la Tierra. Este es un problema mundial, no exclusivamente nuestro. Los que hablan de las bellezas de otros países no los conocen bien, ni a ellos ni a nosotros, ni saben poner los ojos en las cosas verdaderamente importantes. Estas grandes crisis mundiales necesitan de mucha reflexión al interior de los programas de contaduría, porque necesitamos que los contables ayuden a construir e implantar las soluciones, en lugar de echar más leña al fuego.

*Hernando Bermúdez Gómez*